

#ColombiaTieneEscritoras

Catherine Rendón Galvis

En 2015, *La hoguera lame mi piel con cariño de perro*, una novela sobre Nay, el personaje de *María* (la novela clásica colombiana de Jorge Isaacs), gana el premio Casa de las Américas. En 2017, a raíz de este premio, Planeta decide publicarla pero cambia su nombre por *Afuera crece el mundo*. La autora, Adelaida Fernández Ochoa, narra la historia del imaginario colonial de Colombia y pone la escritura en la rebeldía y el cimarronaje de los esclavos en el valle del río Cauca en el siglo XIX. La novela se cuenta desde la visión íntima de Nay de Gambia y su hijo Sundiata, a partir de una sensibilidad hacia el mundo, el paisaje y las proezas de los esclavos en medio de una guerra interna. A la vez, relata la vida que pasa por la guerra, la gente y su cotidianidad; y, con una fuerza abrumadora se interna en la añoranza de libertad por parte de esa gente. Una novela que nos regresa a la ruta del barco negrero con una poética de los episodios más violentos del mundo de los esclavizados.

La obra nació de un estudio de investigación hecho por la misma autora, denominado *Presencia de la mujer negra en la novela co-*

lombiana, y de una nueva versión del relato de la novela *María* de Jorge Isaacs, la cual se enmarca en la tradición de la mejor novela colombiana, costumbrista y romántica, que, sin duda, evidencia una parte (canónica) del relato de la historia de Colombia en el proceso de colonización. *Afuera crece el mundo* retoma otro personaje de *María*, Feliciano, que enferma, luego muere y queda con el deseo de volver a África; ella renace con su nombre africano, Nay, para reivindicar una historia borrada en la tradición de Colombia: el esclavismo. Fernández Ochoa le da una viveza que sigue los pasos literarios de Manuel Zapata Olivella (1920-2004) y Roberto Burgos Cantor (1948-2018), quienes tienen una amplia obra de la africanidad en Colombia. Sin embargo, Adelaida recompone la historia, da voz a los olvidados y abre los caminos contrarios para contar el horror de la orfandad, el exilio, la nostalgia y la búsqueda de lo perdido desde la belleza del lenguaje poético para que el lector, con cuidado y atención, viaje hacia África.

Como ella, en Colombia y en el mundo hay muchas mujeres que escriben literatura y dedican su vida a ello. Las letras son el reflejo de la sociedad. Hacia el siglo XIX el patriarcado era también literario: exclusivista, clasista, excluyente, y la mujer escritora un capricho de la naturaleza. Sin embargo, en ese mismo siglo en Colombia empezaron a aparecer escritoras que incidirían en la vida literaria del territorio; la primera, como menciona la escritora Flor de María Rodríguez, sería María Josefa Acevedo Gómez, una escritora que empezó a aparecer en los primeros círculos literarios sociales y que de una manera solapada denunció la posición de la mujer a través de sus relatos y poesía. Con ella y luego con escritoras como Soledad Acosta, Elisa Múji-

Las letras son el reflejo de la sociedad. Hacia el siglo XIX el patriarcado era también literario: exclusivista, clasista, excluyente, y la mujer escritora un capricho de la naturaleza.

ca, Flor Romero, Marvel Moreno y muchas más, surgen obras de cuya lectura se pueden plantear interrogantes en torno a los reales vacíos, desplazamientos y silenciamientos del canon, pues, como menciona Gabriel Zaid: “los fenómenos literarios no canonizados son rechazados por los círculos dominantes de la cultura como no legítimos y ocupan por lo tanto la periferia”, lo que a su vez implica que la vida extraliteraria dependa de otras entidades (con poder) para que se avale una obra, papel que, muchas veces, cumplen la crítica, los medios de comunicación y las instituciones.

La literatura escrita por mujeres, durante mucho tiempo (y quizá todavía en la actualidad), ha pertenecido a la periferia. Sin embargo, hacia el siglo XXI, con movimientos como el #MeToo, creados para denunciar principalmente casos de acoso sexual, se forjaron otras iniciativas que han agremiado a las mujeres para las diferentes luchas sociales contra la desigualdad con respecto al trabajo, los salarios, el libre albedrío, los derechos sexuales y reproductivos, la acción política y la participación ciudadana, lo cual ha incidido también en el arte, aunque las categorías que se imponen en este ámbito correspondan al canon y a la comercialización. En la



más reciente inauguración de FILBA, Catherine Millet afirmó que: “Hay demasiados discursos políticos, estrategias de comunicación y mensajes publicitarios que se dirigen a nosotras (mujeres) como grupo, o incluso como masa. En cambio, el arte, la literatura, ofrecen la posibilidad del reencuentro con un ser singular en la soledad de su escritura con otro ser singular en la soledad de su lectura o de su contemplación”.

En el año 2017, en el marco del año Colombia-Francia, se realizó una muestra de la literatura colombiana en la Bibliothèque de l’Arsenal de París, en la que participaron ocho hombres y solo dos mujeres. También otras instituciones, como Hay Festival, que realiza diversos eventos literarios (como Bogotá 39, una lista de escritores latinoamericanos menores de 40 años que han destacado en la literatura, para el caso de Colombia tampoco tuvo presencia de autoras); estas omisiones

provocaron un movimiento para que se visibilice a las mujeres y se promueva una igualdad en las participaciones. Colombia tiene escritoras, afirman las autoras, y lo dicen para las editoriales (que a veces parecen solo cumplir cuotas de publicación para considerarse incluyentes, caso no solo con las mujeres sino también con la regionalización de la literatura y las llamadas minorías), para instituciones del estado que promueven la difusión de las obras a través de eventos, premios literarios y para los lectores.

Gabriel Zaid también se pregunta: ¿dónde acontece la vida literaria si no en la página leída? Una pregunta necesaria pero que en la práctica social actual parece utópica. La literatura tiene una vida extraliteraria que parece cobrar más importancia que la misma página leída de la que se pregunta Zaid. Se publica un libro y después viene una cadena de acontecimientos que no dependen

de este ni del autor: presentarlo, difundirlo, reseñarlo, comercializarlo, etc. Sin embargo, la discusión sobre la visibilización de la literatura escrita por mujeres parece dejar de lado la importancia de llegar al nervio concreto de dicha problemática, que es centrarse en la página leída, en el discurso literario, en las obras.

Por eso, más que enfocar una discusión en lo extraliterario de la literatura escrita por mujeres en Colombia, a partir de los casos que mencioné (el evento de Francia, la lista Bogotá 39) las mujeres escritoras se agremiaron y crearon un movimiento apenas reciente, denominado #ColombiaTieneEscritoras, el cual visibilizó que estaban ya cansadas de la negación institucional de sus trabajos, manifestando que sí había escritoras dedicadas al oficio y que era responsabilidad de las entidades institucionales difundirlos. Esto generó discusión y polémica e influyó para que este año se abriera un premio de novela



Caja

escrita por mujeres, el Premio Nacional de Novela Elisa Mújica, el cual ganó Cristina Bendek, escritora sanandresana, con la novela *Los cristales de la sal*.

Reitero, más que hablar sobre estos caracteres extraliterarios que vienen con la literatura, y que, sin duda, en estos casos de reivindicación con las mujeres pueden ser importantes, quise mencionar la obra de Adelaida Fernández como una que se adentra en recomponer un discurso literario olvidado en la historia de Colombia. Como esta obra, en Colombia hay otras más que deberían ser difundidas y leídas, ya que desde la intimidad que es la literatura exponen una serie de discursos que reflejan el mundo y la sociedad colombiana, y motivan una discusión central de la época en que vivimos.

Estas obras son: *Vean vé, mis nanas negras* de Amalia Lú Posso Figueroa, *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonet, *Memorias*

Las mujeres escritoras se agremiaron y crearon un movimiento apenas reciente, denominado #ColombiaTieneEscritoras, el cual visibilizó que estaban ya cansadas de la negación institucional de sus trabajos.

por correspondencia de Emma Reyes, *Qué raro que me llame Federico* de Yolanda Reyes, *Los ojos que no nombran* de Lucía Donadío, *Virus tropical* de Powerpaola, *Elefantes en el cuarto* de Sindy Elefante y *Los niños* de Carolina Sanín.

Seguramente dejó fuera a muchas otras autoras. La literatu-

ra colombiana también ha tenido escritoras en medio de nuestros sistemas literarios validados por elites culturales, obras que en su momento captaron la atención de los lectores y la crítica, y que luego fueron relegadas. Lo anterior, sin embargo, no acontece tan solo a los libros escritos por mujeres sino a todos los que no pasan de primeras ediciones, sin importar el género del autor ni la calidad de la obra, títulos que forman parte de la extrema mercantilización del arte y de su producción masiva. Nos queda como tarea a los lectores hacer rastreos profundos de la literatura y, sin duda, llegar al corazón de los libros: la página leída. **LPyH**

Catherine Rendón Galvis (Bogotá, 1993) es licenciada en Español y Literatura. Ha publicado en *El Espectador*, *La Crónica del Quindío*, *El Quindiano* y *Revista Corónica*.